



JULIAN MARTÍNEZ.

## CAPITULO XXVI.

Julián Martínez.

Estaba ya oscureciendo cuando llegaron el General Díaz y su escolta, compuesta del guía Francisco Hernández, y de su sirviente particular Julián Martínez, ambos indios de Oaxaca, al campamento del Coronel Bernardino García en las montañas de Guerrero.

Estos dos hombres que acompañaron al General Díaz en esta ocasión, merecen que se les mencione especialmente; pues no sólo le fueron siempre muy adictos, sino que por mucho tiempo vivieron con la familia Díaz como parte integrante de la misma.

Como Martínez estaba en calidad de sirviente personal del Comandante en Jefe del Ejército del Este, durante su segunda prisión en Puebla, y como era el medio de comunicación entre el General Díaz y sus amigos, quienes ansiaban verlo libre, es para el biógrafo, el sujeto más interesante de los dos adláteros del General.

Martínez, que sirvió al General Díaz durante todo el tiempo de las guerras del imperio, desde 1863 hasta 1867, era hombre rudo, ignorante y poco culto; pero en cambio poseía cierta astucia y agudeza, que la devoción á su amo aguzaban prodigiosamente. Por lo que se sabe, nunca se alistó como soldado, ni nunca pretendió de tal; y su único motivo para permanecer constantemente en el ejército, no era otro, sino el ser sirviente personal del comandante en jefe.

Durante varios meses Martínez llevó los mensajes que se cruzaron entre el General Díaz y los jefes liberales el año de 1865, y fué él quien proporcionó al General las cuerdas que le hicieron posible escaparse de la prisión. También fué él quien arregló todo lo concerniente á caballos y proveyó todo lo necesario para asegurar la fuga, y quien mandó aviso á Benardino

García para que aguardara al General Díaz en la mañana del 16 de Septiembre; lo que nunca llegó á tener lugar, por haber sido materialmente imposible efectuar la fuga en esa noche.

A muchos peligros se exponía Martínez llevando estos mensajes del General Díaz á sus amigos fuera de la prisión; pero simulaba tal aire de estupidez, que apartaba toda clase de sospechas del General Thum y de los oficiales y centinelas franceses que tenían á su cargo la guardia del distinguido prisionero liberal.

Aunque el General Díaz tenía la mayor confianza en la honradez y fidelidad de Martínez, y aunque en otras ocasiones le había confiado comisiones de gran importancia; procuró ocultarle que era él quien trataba de fugarse, temiendo que el mismo cariño de su fiel criado, en su ansiedad por servirlo, pudiera traicionar por alguna indiscreción su secreto. Por lo cual, le hizo creer que era un amigo suyo el que deseaba fugarse de la prisión, y que era de gran importancia á la causa liberal que tuviera éxito la empresa.

Como Martínez, además de su devoción al General Díaz, era liberal á toda prueba, coadyuvó con la mejor voluntad á llevar á debido efecto los deseos y planes de su amo. Trabajó con fe ciega, y no fué sino hasta que encontró al Comandante en Jefe del Ejército del Este en casa de un amigo del último, en la noche de la fuga de la prisión, que él supo que había estado todo el tiempo ayudando á su amo á obtener la libertad. Entonces fué su placer inmenso. Era el placer puro de una alma sencilla, que no se daba cuenta de que ese día había servido de la manera más señalada á la causa liberal, y que había servido á su país tan bien ó mejor que muchos que ostentaban orgullosamente altas decoraciones militares; pues humilde é ignorante como era Julián Martínez, le debe mucho la causa liberal por la parte que tomó en la liberación del General Díaz, quien estaba destinado á ser pronto motivo de la mayor inquietud para el Gobierno de Maximiliano.

## CAPITULO XXVII.

Se pone á precio su cabeza.

Tan luego como se supo la fuga del General Díaz de su prisión en Puebla, el Conde de Thum ofreció en el acto una fuerte recompensa por su captura, muerto ó vivo; y ésto se hizo saber en todos los Estados del Sur y del Oeste, donde era probable que tratara de ocultarse el fugitivo general, y así, todos los jefes políticos de los departamentos de los Estados lo publicaron por bando. Tenemos pues, que muy al principio de su carrera, este distinguido hombre público se vió perseguido como fugitivo y con su vida puesta á precio.

Tenía entonces el General Díaz treinta y cinco años de edad: estaba pues en lo mejor de la vida, teniendo ya gran experiencia en la guerra y en el conocimiento de los hombres, y perfectamente informado de las condiciones y recursos de su país; conocimientos todos, que pocos hombres llegan á adquirir aún á edad doble de la que él tenía. Era hombre de gran habilidad, atrevido en extremo y que no conocía lo que quería decir miedo.

Mil pesos parecen poco precio para ofrecer por la cabeza de un jefe militar de la importancia del Comandante en Jefe del Ejército del Este; pero debe tomarse en consideración las circunstancias que prevalecían en ese tiempo en los distritos rurales de México; pues entonces, aún más que hoy, mil pesos eran casi una fortuna no imaginada para los soldados é indios entre los que Díaz se mantenía oculto. Y una gran prueba de su popularidad entre esa gente es, que ninguno de aquellos en quien alguna vez se confió, intentó jamás traicionarlo.

El mismo General Díaz dice que el Coronel García tenía arreglado un sistema de alarma para protegerse contra cualquier sorpresa, sistema que era

muy eficiente. Tenía colocados espías en los montes circunvecinos, que estaban en vigilancia constantemente para en caso que se acercara el enemigo. Siempre que la ocasión lo requiriera, éstos últimos tocaban ruidosos tambores que podían ser oídos á gran distancia; y así le era posible á García escaparse, antes de que el enemigo se percatara de él.

La noticia de la fuga del General Díaz y de su llegada al campamento del jefe guerrillero, se extendió rápidamente por las comarcas circunvecinas, y durante la noche del día que siguió á su aparición entre las fuerzas de García, representantes de diez diferentes municipalidades llegaron al campamento á congratularlo, y á asegurarle que, aunque se veían obligados á aparecer como simpatizadores del imperio, estaban realmente en simpatía sincera con la causa liberal.

En la mañana del 22 de Septiembre, Díaz y García levantaron campo en las montañas de Guerrero, con apenas catorce hombres bajo su mando, todos ellos armados con revólveres y espadas. Con esta mal armada é insignificante fuerza, determinaron atacar los dos atrevidos jefes á la ciudad de Tehuiztingo, la cual estaba situada en la línea limítrofe entre Puebla y Guerrero, pero en la jurisdicción del primero de estos Estados. En dicho lugar había una guarnición de fuerzas imperiales consistente en 25 hombres bien armados.

Se dirigieron rodeando á la ciudad, pasando por la parte baja de sus contornos, donde no era probable que fueran descubiertos por estar el terreno bien cubierto de árboles. Allí se dividió en dos partes la diminuta fuerza, una de las cuales se puso al mando de Díaz y la otra al de García. Marcharon sobre la plaza desde dos puntos distintos y cayeron al mismo tiempo sobre la guarnición imperialista. Esta última fué tomada tan de sorpresa, que se rindieron á una fuerza la mitad menos numerosa que la suya, sin haber dado un solo golpe.

Tehuiztingo proveyó á Díaz y á García con armas, municiones y otras provisiones militares; é inmediatamente se reclutaron en la población cuarenta hombres, armados mucho mejor que los pocos valientes y esforzados que tomaron el lugar en plena luz del día.

El día siguiente salió el General Díaz de Tehuiztingo con su recién alistada fuerza, y poco antes de la caída de la tarde, encontró cerca Piaxtla, un cuerpo de hombres al mando del Coronel Carpintero, al cual inmediatamente atacó, derrotó y persiguió por cinco kilómetros. Los imperialistas dejaron abandonado, en su apresurada fuga, casi todas sus armas y sesenta caballos.

Así es de que, en los cuatro días que hacía que el General Díaz había escapado de la prisión, había ya derrotado completamente á dos fuerzas imperialistas bien armadas y disciplinadas, y había reunido á su derredor cerca de 100 hombres con suficientes armas y municiones de guerra, y cerca de cien caballos. Las noticias de su fuga y de sus victorias, se extendieron como el fuego por toda la línea fronteriza entre los Estados de Puebla y de Guerrero. En Tapua se le unió el Teniente Coronel Juan José Cano con setenta y ocho hombres, y pocos días después, se le unió en Tepetlapa Tomás Sánchez con treinta hombres montados.

Mas Bazaine no se había descuidado durante todo este tiempo, y había sido mandado Visoso con 300 hombres de infantería y 50 de caballería en persecución del jefe liberal fugitivo, quien se había visto obligado, á causa de fuertes y constantes tormentas, á quedarse cuatro días en Tepetlapa. En el camino de este último lugar á Tulcingo, encontró el General Díaz á Visoso, y he aquí cómo dicho general describe el resultado de dicho encuentro:

“Muy cerca del pueblo de Tulcingo, en que había una colina de por medio, encontré á un hombre que venía con el pretexto de traer pan á Tepetlapa, pueblo donde hay muchos panaderos.

“Me pareció desde luego inverosímil ese comercio y comprendí que era un explorador de Visoso. En efecto, después de amenazarle me confesó que era explorador, y me dió algunas noticias importantes, entre otras, que la tropa enemiga estaba limpiando sus armas.

“Después de un ataque de sorpresa, combinado y muy rápido sobre el atrio del templo, que era el lugar donde el enemigo se encontraba acuartelado, logré rendirlo, no obstante que hizo mucha resistencia hasta los últimos momentos, ocasionándole pérdidas de consideración, pues recogí cuarenta muertos del campo de acción. Visoso había huído con sus cincuenta caballos, dejando en mi poder toda la infantería con sus armas, sus útiles de banda y tres mil y tantos pesos en oro que tenía en su pagaduría.

“Al día siguiente organicé á los prisioneros, formando dos compañías, que pomposamente llamábamos batallones, dando á mandar una al Mayor Don Juan José Cano, que era un oficial de los que se nos habían incorporado en Tecamatlán; y la otra al entonces teniente y hoy General Don Mucio P. Martínez.

“Con mi fuerza aumentada así emprendí la marcha para Tlapa, del Estado de Guerrero; y en esa travesía se me incorporó el Coronel Don José Seguran y Guzmán, procedente de la Mixteca, que al rumor de mi aparición por ese rumbo, venía con algunos hombres montados y armados.

“No contando con recursos suficientes para hacer una campaña fructuosa, y teniendo que operar en el Estado de Guerrero, que correspondía á la división militar del General Don Juan Alvarez, me determiné á ir á la hacienda de “La Providencia,” en donde tenía su casa y cuartel general, con objeto de discutir con él algún plan regular de campaña y recibir algunos elementos de guerra, si estaba en situación de facilitármelos. Vivía el General Alvarez con mucha pobreza, y todo lo que conseguí fueron doscientos fusiles de percusión con sus respectivas municiones, y

órdenes para las autoridades del Estado de Guerrero, de donde era gobernador su hijo Don Diego, para que me proporcionara víveres, que me comprometí á coleccionar con equidad en todos los pueblos. Por desgracia, la protección que allí encontré fué infinitamente menor de la que yo me esperaba; sin embargo, la autorización para coleccionar víveres en los pueblos del Estado era una buena base á falta de mejores recursos.”

## CAPÍTULO XXVIII.

## Díaz derrota de nuevo á Visoso.

El General Francisco Leyva, que había estado con las fuerzas de Juan Alvarez, se unió en La Providencia con el General Díaz, trayendo consigo como una docena de oficiales, que fueron un agregado de bastante importancia á las fuerzas indígenas poco disciplinadas del último.

A su regreso á Tlapa, donde había dejado sus fuerzas al mando del Coronel Segura, encontró, que durante su ausencia, la ciudad había sido ocupada por una fuerte columna de austriacos; y que el Coronel Segura con las fuerzas liberales se había atrincherado en una montaña vecina, donde ocupaba una fuerte posición. Como las fuerzas de los austriacos consistía en 1200 hombres bien armados y tenían además seis piezas excelentes de artillería de montaña, no le era posible al General Díaz presentar batalla, por lo cual recurrió á la estrategia. Reunió cierto número de indígenas de los contornos y los hizo marchar por los flancos de la montaña á vista de los austriacos, los cuales, como es natural, suponiendo que esta gente estaba armada, y temiendo ser rodeados por una fuerza mayor, apresuradamente se retiraron dejando la población en poder de los liberales.

Cuando los austriacos se habían marchado en dirección de Chila, el General Díaz dió gracias á los indígenas por su oportuno auxilio y los desbandó; pues no tenía ni armas suficientes para ellos ni medios para mantenerlos en el servicio.

Aunque no les era posible á los liberales dar batalla á los austriacos, el General Díaz continuó molestandolos y acosándolos con ataques nocturnos, y así los obligaba á mantenerse en constante vigilancia y en temor incesante de alguna sorpresa. Su objeto era

mantener ocupados á los austriacos y separados de las fuerzas al mando de Visoso.

Repentinamente los liberales regresaron á Tlapa, donde el General Díaz, que tenía un ligero ataque de gripa, hizo circular la noticia de que estaba enfermo de gravedad. Este rumor llegó á oídos de Visoso, de acuerdo con lo que se esperaba, y decidió á este jefe á avanzar hasta una distancia de seis ó siete millas de las fuerzas liberales. Y así, Díaz había logrado ponerlo á distancia de ataque y separado de los austriacos. Esto último era lo que más le interesaba, é inmediatamente procedió á aprovecharse de este movimiento de parte de Visoso:

“El 3 de Diciembre, en la noche, sin dar ningún toque, y de la manera más sigilosa, levanté y organicé mis fuerzas y emprendí mi marcha con la cautela necesaria, hacia el pueblo de Chila, cuyas entradas y caminos conocía muy bien. Mas al llegar al lugar, supe que Visoso había marchado á las nueve de la noche para Comitlipa, que no está muy lejos.

“Todavía faltaba mucho para que amaneciera, y seguí sin dilación alguna. Al llegar en la madrugada del 4 de Diciembre de 1865, á un lugar del camino, desde donde se descubre el pueblo, ví en un pequeño cerro que está casi á tiro de pistola de la plaza, una gran fogata, y comprendí que allí había un puesto de observación; y como aún no amanecía, no podía yo ser visto por los hombres que lo formaban. En un reconocimiento que practiqué con otros dos ayudantes, dejando toda mi fuerza en el camino, pude comprender que el enemigo no tenía ninguna avanzada por el lado donde yo iba y que sólo ocupaba el centro del pueblo, esto es, la plaza, la casa municipal y la colina á que he aludido.

“Bajé entonces mi infantería de la alta planicie por la que el camino pasa, la oculté en unos espesos carrizales y arboleda que había á muy corta distancia de las primeras casas, y la dejé allí á las órdenes del Capitán Don José Guillermo Carbó, una parte; y la otra, á las órdenes del Teniente Coronel

Don Juan José Cano. Hecho ésto, volví al punto elevado del camino, en donde había quedado mi caballería. Esperé á que amaneciera, y cuando hubo luz, emprendí la marcha con ella, haciéndome visible sobre el relieve del terreno. Entonces ví perfectamente que bajó un hombre corriendo de la colina, sin duda á dar aviso á Visoso. Creí que éste saldría á mi encuentro; pero no sucedió tal, y tuve que llegar hasta la plaza á tirotearle para que saliera á perseguirme, pues hice oportunamente una falsa retirada.

“Como los del cerro habían podido ver y hasta contar la fuerza de caballería que yo traía que apenas llegaría á cien hombres, Visoso se animó y salió briosamente tras de mí. Cuando hubo rebasado el carrizal, le rompieron los fuegos el Capitán Carbó y el Teniente Coronel Cano, cortándole el primero el camino y batiéndole el otro por un costado, en los momentos en que yo, con la caballería, volvía caras y le cargaba rudamente por la llanura de su izquierda adonde corría su gente en desorden, al sentir los fuegos á que ma ropa que salían del carrizal.

“Fué completamente derrotado Visoso, y huyó con sólo unos veinte ó treinta jinetes, dejando 81 muertos, entre los cuales había tres oficiales y prisionera á casi toda su infantería, que me sirvió para formar, con el piquete de cabos y sargentos oaxaqueños que había encontrado en “La Providencia,” el batallón “Fieles de Oaxaca,” cuyo mando tomó desde luego el Capitán Don José Guillermo Carbó, á quien ascendí á Mayor, por sus servicios y con ese especial objeto.”

## CAPITULO XXIX.

### Mejores días para la causa liberal.

Después de la derrota de Visoso, el General Díaz continuó acosando con toda actividad á las guarniciones imperiales de la vecindad de Tlapa, y en lo general, en todo el país situado á lo largo de la línea linítrofe entre los Estados de Puebla y de Guerrero. Varias veces extendió el campo de sus excursiones, para levantar á los indios contra los imperialistas, y siempre con gran éxito. Invariablemente, cuando tenía lugar algún encuentro entre sus fuerzas y las del enemigo, la suerte le era favorable. Con lo cual, la reputación de Díaz y de los soldados que guerrearban bajo su mando, se extendió por todas partes de los Estados de Guerrero, Puebla y Oaxaca, hasta que su nombre vino á ser el más temido y odiado en la corte de Maximiliano, que había comenzado ya á sentir los rigores é inconveniencias, la humillación y el desagrado de una situación que cada día era más difícil de sostener.

Ya los Estados del norte de la Unión Americana habían asegurado la victoria en la guerra civil que había amenazado dividir en dos la República del Norte, y la administración de Washington había reconocido al gobierno de Juárez y puesto á Napoleón III en situación tal, que encontró más ventajoso el abandonar á Maximiliano á su suerte.

Para empeorar más aún la causa del imperio, los jefes liberales habían comenzado á presentarse en campaña por todo México, con partidas bien organizadas y disciplinadas, y victoria tras victoria era ganada á las fuerzas del imperio. Estas victorias, aunque de poca importancia en lo que se refiere al número de gente comprometida en cada combate, servían para levantar el espíritu de los liberales, y sobre todo, para proveerlos de armas y municiones de gue-

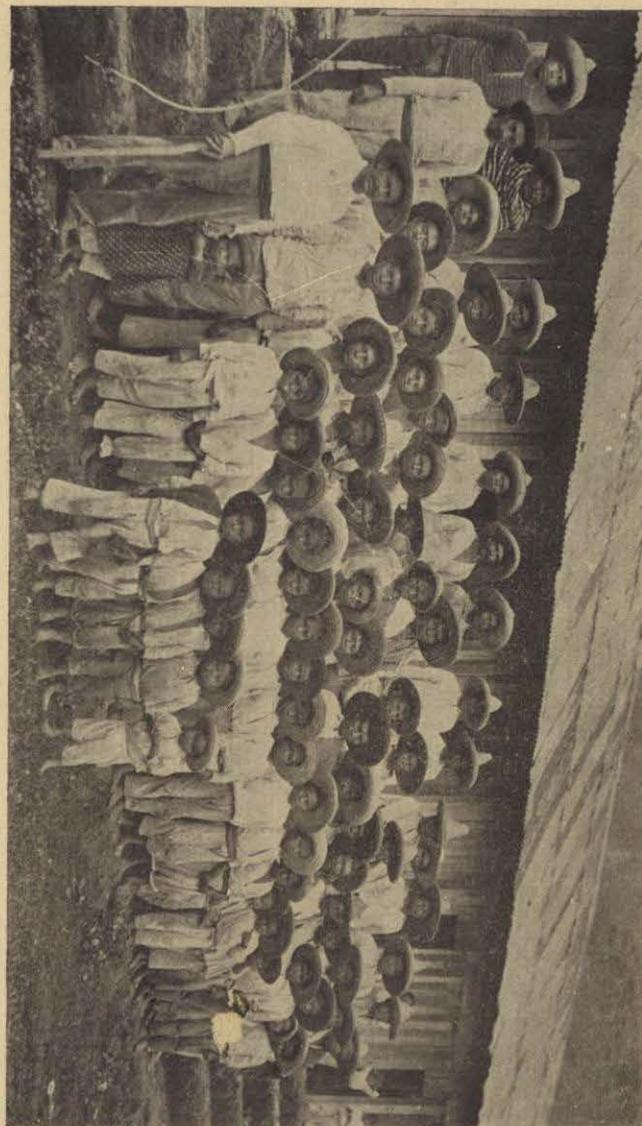
rra; todo lo cual obtenían de los imperialistas derrotados.

La circunstancia de que los Estados Unidos habían reconocido al gobierno de Juárez, y habían prácticamente suspendido relaciones con Francia en todo lo referente á la cuestión mexicana, contribuyó también á alentar á los liberales, y como es natural, á deprimir correlativamente á los imperialistas.

Día tras día se sucedían las deserciones, ya de individuos, de compañías y hasta de cuerpos enteros de la causa imperial; y esto pasaba en casi todos los Estados de la Unión donde el imperio mantenía aún alguna autoridad. Entre los que se pasaron á las filas liberales, estaba el infatigable jefe de guerrillas Visoso, quien en dos ocasiones había sido derrotado por el General Díaz; no obstante lo cual, fué á él á quien eligió para rendir voluntariamente su mando, á mediados del año de 1866. Al desertar de la causa imperialista se llevó consigo 200 hombres bien armados y disciplinados, todos los cuales eran mexicanos. Con el tiempo, fué Visoso uno de los oficiales más distinguidos y de más confianza del General Díaz y prestó excelentes servicios á la causa liberal.

En todas las excursiones que llevó á cabo el General Díaz contra los lugares guarnecidos por tropas imperialistas en el Estado de Guerrero, logró proveerse de gran cantidad de rifles y de toda clase de material de guerra.

Ortega se vió obligado á retirarse apresuradamente de Jamiltepec, ante las fuerzas liberales; y en ese pueblo encontró el General Díaz, cuando regresó, 400 rifles Enfield de la marca más moderna; rifles que estaban empacados todavía, pues no habían sido aún usados; y logró reunir también 100 rifles más entre los indios que encontró ahí que habían servido al imperio. Este armamento era tan bueno como el mejor que entonces se pudiera usar en México. De este modo le fué posible al General Díaz devolver al General Alvarez los mosquetes viejos que este último le había prestado poco tiempo antes.



UN PROBLEMA DE MÉXICO

Por todos lados acudían los indios á su llamado y podía haber reunido un ejército respetable, sino hubiera sido por la desgraciada circunstancia de no tener suficientes fondos para mantener un cuerpo grande de tropas. Todas estas dificultades se las participó, en la correspondencia que con él tenía, á Matías Romero, ministro mexicano del gobierno de Juárez en Washington.

Debe decirse, como merecida alabanza á Matías Romero, que trabajó con la mayor constancia y dedicación por la causa liberal, y logró en varias ocasiones hacer llegar á México provisiones de armas, ropa y otros artículos indispensables para proseguir la guerra. Debemos recordar, que debido á su mediación, se mandaron á México las armas que Juárez ordenó después fueran destruidas, por temor de que cayeran en poder de los conservadores, y que Porfirio Díaz, desobedeciendo esas órdenes, las salvó para beneficio de la causa liberal.

México debió mucho en esos días, no cabe la menor duda, á Matías Romero.

En el período álgido de esta terrible lucha por supremacía entre el imperio y el partido liberal, dos atentados criminales se hicieron contra la vida del General Díaz. Los detalles de dichos atentados los transcribimos valiéndonos de las mismas palabras del General Díaz. Dice así:

“El General Trujeque, que se encontraba al servicio del enemigo en el rancho de Tacache, me mandó en comisión al Capitán Don Enrique Travesí, que era ayudante suyo, y hermano de Don Manuel Travesí, mi secretario particular, ofreciéndome ponerse al servicio del gobierno con toda su fuerza. Me daba, como garantía, la vida de Don Enrique Travesí, que quedaría en rehenes con los míos, mientras yo pasaba á tener una conferencia con él en el rancho de Tacache, adonde me citaba.

“Como la situación empezaba á declinar para los imperialistas, y yo conocía el carácter de Trujeque, no me pareció inverosímil su cambio, y salí para Ta-

cache, acompañado de un ayudante. Al salir de Xochihuehuetlán, donde me hallaba, quedaron muy alarmados todos mis subordinados de que emprendiera solo esa marcha sin escolta que me diera seguridad, y convinieron en que me seguiría á cierta distancia, para que yo no me percibiera de ello, el Teniente Coronel Don Marcos Bravo, con 100 caballos de lo mejor que teníamos. Pasé la avanzada de Trujeque sin novedad. Dicha avanzada era un puesto nada más de vigilancia, formado por cinco hombres desmontados.

“Al llegar al rancho de Tacache, y en los momentos de bajar del caballo á la puerta del jacal donde estaba alojado Trujeque, hicieron fuego, de otro que había al lado opuesto de la pequeña plaza, sobre mí y mi ayudante, hiriendo ligeramente el caballo de éste.

“Salimos á todo escape por donde habíamos entrado, forzando la avanzada y seguidos, á corta distancia, por gente de á caballo.

“Cuando mi ayudante y yo corríamos de éste modo por las colinas, ví fuerza de caballería que, al parecer, salía á cortarnos la retirada. A poco reconocí que esa fuerza pertenecía á los míos, y entonces me incorporé á ella, y retrocedió la de Trujeque.

“Acto continuo me escribió el citado Trujeque, explicándome que todo lo que había pasado fué porque me reconoció algún oficial de los que no estaban de acuerdo con él, y yo quedé en duda de la verdad de lo ocurrido, porque pensé que si hubiera habido algún plan preconcebido, bastaba que me hubieran dejado echar pié á tierra para que hubieran sido dueños de mí y del ayudante que me acompañaba.”

Pero si el General Díaz tenía alguna duda acerca de las intenciones de Trujeque, el carácter del hombre y los acontecimientos que siguieron, deben de haberlo convencido de que dicho individuo tramó deliberadamente el vil atentado contra su vida, en pro del interés de la causa imperialista. No cabe duda que su plan era asesinar al General Díaz, y después culpar de tan sucio crimen, á las personas que se podía suponer no estaban en el secreto del convenio que ha-

bía sido hecho entre el mismo general y el comandante de las fuerzas conservadoras. Si semejante plan se hubiera llevado á debido término, tenía mucha seguridad Trujeque que el gobierno imperial no le pediría cuentas acerca de los medios que había empleado para conseguir su objeto. No debe olvidarse tampoco que Trujeque había sufrido varias derrotas de manos del General Díaz; cosa que había retardado su promoción, y lo había puesto, hasta cierto punto, en mal predicado con las autoridades del imperio. Además, era Trujeque hombre muy vengativo, y de aquellos que no vacilan en rebajarse hasta el grado de usar medios viles con tal de conseguir el fin que se proponen.

Algún tiempo después, el General Díaz, que aparentemente se dió por satisfecho con la explicación que le dió Trujeque acerca del ataque que se le había hecho, ataque que estuvo á punto de costar á la causa liberal su más hábil jefe, entró en negociaciones con dicho comandante, procurando inducirlo á que se pasara con toda su caballería á las filas liberales; pues como hemos visto, dicho jefe había ya manifestado antes deseos de desertar de las filas imperialistas.

Trujeque avanzó acompañado de su caballería á encontrar al comandante liberal fuera de los muros de la ciudad de Huajuápam, según se había convenido; pero en esta ocasión el General Díaz, teniendo ya muchísima razón para desconfiar del hombre con quien trataba, avanzó con la mayor cautela y procurando evitar cualquier sorpresa; precauciones que estuvieron muy justificadas; pues tan luego como Trujeque hubo avanzado al lugar fijado para la entrevista á distancia de tiro, rompió nutrido fuego sobre las fuerzas liberales que con tanta lealtad habían llegado á la cita convenida. Estos últimos, ya prevenidos contra la mala fe del enemigo, no sólo resistieron el ataque, sino que lograron rechazar á los imperialistas y los persiguieron hasta obligarlos á internarse en la población, donde lograron ponerse en seguridad, habiendo tenido para conseguirlo que

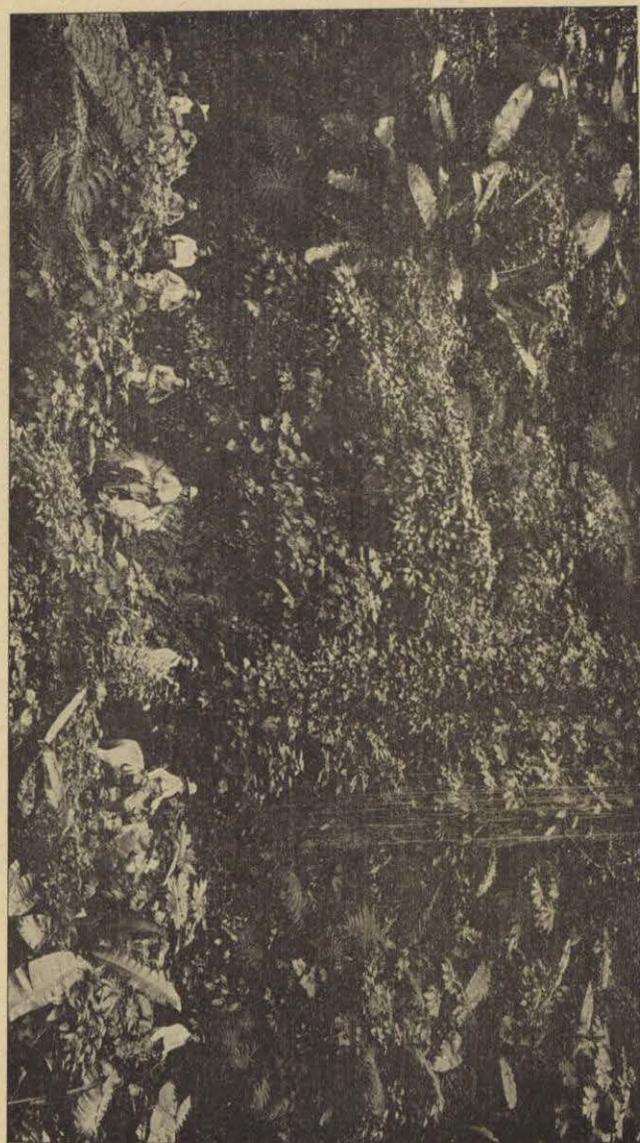
hacer fuego contra los liberales que los perseguían hasta desde los techos de las casas.

Entre tanto, Félix Díaz había llegado al Estado de Oaxaca y había dado tan buena cuenta de sí mismo, que dejó sembrado el terror por toda la vecindad del Estado. Habiéndose encontrado en esa localidad con tanto éxito, decidió reunirse con su hermano Porfirio, considerando, y con razón, que sus fuerzas unidas lograrían mayores éxitos que trabajando separadamente. El General Díaz nos relata las circunstancias de este encuentro, cuyos detalles no dejan de tener algo de romántico, así:

“La noche del 14 de Septiembre de 1866, visitando el General Díaz sus avanzados en el camino de Tlaxiaco á Chacaltongo, se sorprendió al oír el ruido de las pisadas de un caballo; y en el acto, dos personas en conversación, se acercaban por el mismo camino.

“Permanecí quieto hasta que tuve dos bultos á la vista, y entonces me adelanté con mi clarín á sorprenderles, resultando que eran un hombre de á caballo y un indio que le servía de guía. El de á caballo era un español llamado D. Eugenio Durán, á quien yo no conocía; y después de alguna conversación que tuvo conmigo, en la que ocultaba el objeto de su presencia en aquellos lugares, cuando se convenció de quién era yo, me entregó unos pequeños pedazos de papel escrito, que traía con la firma de mi hermano, en que me avisaba que, aprovechando él el estado de debilidad en que quedó la ciudad de Oaxaca, con la salida de Oronoz á perseguirme, la amagaba tan de cerca, que pocos días antes había penetrado por las calles de San Juan de Dios, hasta la Plaza del mercado, poniendo en gran alarma á toda la ciudad y obligando á la pequeña guarnición que allí había, á meterse detrás de trincheras, lo mismo á la policía.

“Agregaba Durán, que con motivo de las hostilidades de mi hermano, que seguramente había llegado á noticia del enemigo que ocupaba á Tlaxiaco, éste se movía violentamente para Oaxaca, y que era



TIERRA CALIENTE DEL ESTADO DE OAXACA.

probable que, en los momentos que hablaba conmigo, estaría saliendo del lugar.

“Con esta noticia, ya no me cuidé más de los caminos por las avanzadas abandonados. Subí violentamente al cuartel general, en compañía de Durán; antes de llegar, mandé tocar diana, y en seguida, llamada de honor. Acudieron á mi alojamiento, con toda prontitud, los jefes y oficiales. Les leí los papeles que acababa de recibir, les manifesté que el enemigo abandonaba Tlaxiaco en esos momentos y mandé dar el primer toque de marcha.

“Ocupé á Tlaxiaco entre diez y once de la mañana, cuando el enemigo acababa de abandonarlo. Conseguí algunos recursos de los comerciantes, y en el mismo día seguí la marcha sobre la huella del enemigo. En la tarde alcanzamos algunos soldados cansados y la escolta de un oficial enfermo, á quien conducían en camilla.

“El hecho de haber tomado la iniciativa contra el enemigo, cambió por completo el ánimo de mi fuerza; y con ella ya moralizada, emprendía mi marcha hasta pasar por cerca de Yanhuitlán, donde había un destacamento de 200 húngaros atrincherados.

“Oronóz había hecho alto por poco tiempo en Nochistlán, y con este motivo me dirigí al pueblo de las Andallas, en donde encontré á mi hermano, que, haciendo un rodeo, venía procedente de las inmediaciones de Oaxaca, con objeto de incorporármeme con la fuerza que había organizado.

“Oronóz siguió su marcha rápidamente para Oaxaca; y yo, engrosadas mis filas con la fuerza de mi hermano, pernocté en Tecomatlán, pueblo que distará unos ocho ó diez kilómetros de Nochistlán, hacia el Sur y al pié de la montaña.

“En la noche, supe que los húngaros acuartelados en Yanhuitlán habían hecho una excursión á Nochistlán, en número de cien caballos. Calculando que allí podría encontrarles, me dirigí con caballería á aquel lugar, violentamente, antes de amanecer, dejando la infantería en Tecomatlán, á las órdenes del Coronel

D. Manuel González. Me acompañó mi hermano, quien entre sus soldados traía un pequeño piquete de caballería. Llegamos á Nochistlán á los albores de la mañana, y nos avisaron que los húngaros habían permanecido allí pocas horas y habían vuelto á tomar el camino de Yanhuitlán.

“Apenas habíamos avanzado algunos pasos para dicho lugar, cuando vimos formado, en una loma, un escudrón de húngaros, sobre el que cargamos inmediatamente en dos distintas fracciones, de las cuales yo mandaba la principal y el General D. Vicente Ramos la otra.

“Chocamos con tal escudrón dos veces, y al fin, en formación táctica, emprendió una retirada ejecutada tan hábilmente que le permitió llegar á Yanhuitlán, sin sufrir grandes pérdidas.

“Dejaron los húngaros en el campo de combate, muchos hombres y caballos, heridos unos y muertos otros; entre los últimos, el jefe de escudrón, Conde de Gant.”